
I

Su negativa a creer en la muerte lo había inadaptado para ella. A los quince días de ver como la humedad no cesaba de dibujar crisantemos en el mirador, intuyó que algo irremediable le rondaba. Pero estaba visto que jamás aprendería a leer en las paredes. Desde que tuvo espacio para la memoria siempre creyó que la vida era lo único inevitable a lo que tendría que hacer frente y resultaba que, de un tiempo acá, había brotado en la virulencia del silencio una soledad abrumadora, casi tangible, a la que desistió de tutear porque ya nada merecía la pena.

Aceptó sin amargura que sus hijos, a los que siempre calificó cariñosamente como *monstruos*, le hubiesen ido borrando paulatinamente de su existencia. Nunca se profesaron otra cosa que un cortés respeto y que a estas alturas sólo esperaran de él una ilusoria herencia, no le provocaba resentimiento alguno. En todo caso, risa. Sobre todo sabiendo que lo que dejaba no llegaría ni para pagar sus gastos de difunto. De cualquier manera ignoraba desde hacía mucho tiempo cuantos hijos le quedaban realmente vivos y si quien ahora lo llevaba y traía era alguno de ellos, un nieto, o vete tú a saber si el fantasma de un senegalés.

Las telarañas que desde tiempo inmemorial le habían cerrado el estómago, invadían ya cuanto le quedaba de aquel naufragio por el que rebotaba desde hacía cincuenta años. A veces intentaba arrancar con las manos esa tupida red, esforzándose inútilmente en recordar por los diciembres sin futuro cuantos días de interés

había vivido. Pero la tarea, aparte de tediosa, lo hacía parecer ante todos como un desquiciado que se desarrollaba molinos en la boca del estómago. Sus nietos, aquellos pequeños borgias de caras angelicales, gritaban entonces por toda la casa que el abuelo agonizaba. Sólo al oírle gritar “¡Hijos de puta...!” la calma volvía a los corredores y era exclusivamente la magia de la luz difrazando de cebra el polvo milenario, el único incordio en su afán por recordar la muerte perdida.

Todo había comenzado en Jarca, en la gran catástrofe que había borrado a Jarca del sur y que a él, por un truco en la chistera del destino, había pillado de vacaciones en casa de su comadre Maribona Vilchez que vivía a cien kilómetros de allí. Las desgracias de Jarca se veían venir. En los últimos tiempos a todos sus habitantes les había dado por desarrollar el sentido común y a partir de ahí los males se sucedieron en forma de decretos y toques de queda, que sólo sirvieron para que todo el pueblo se amparase bajo el criterio del más luminoso de sus hijos. Era éste un taimado jesuita reconvertido por sus lecturas de Marx y Engels a un comunismo didáctico y exacerbado que le hizo padecedor de unas almorranas bíblicas, madroñeras decían algunos, y un sentido de la justicia realmente épico. Como consecuencia de ello fue encarcelado, torturado y sometido a un remedo de juicio sumarísimo que le condenó a ser fusilado.

La noche que se hallaba en capilla, Carlos Sarria, que tal era su gracia, se dejó morir de sentimiento pensando en la cálida punzada de su compañera. Hay quien dice y asegura que le vio escapar de su prisión al abrigo de una luna muda y cómplice que hizo camino con su luz de magnolio, y que lo hallado por sus verdugos en la celda la mañana de su ejecución sólo era un triste guiñapo torturado por unas almorranas que le habían florecido como petunias. Pero a la casta de aquellos militares en faena de salvapatrias no se les iba a escurrir un condenado por más que la muerte se les hubiese anticipado.

Llegada la hora sacaron al patio el cuerpo del desdichado, lo amarraron en una silla y, situándolo ante un paredón recién encalado por el que se laminaban todas las vocaciones de las sombras, lo ajusticiaron con una descarga de doce fusiles sin que se les olvidara el añadido del tiro de gracia, o gracioso, que no distingo bien el tecnicismo.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Todo Jarca se levantó con las terroríficas armas de la indignación y la protesta, lo que le sirvió para ser borrada de la faz de la tierra. José estaba sentado con su comadre Maribona Vilchez al frescor de los pinos y la alberca cuando la radio, en un escueto y extraño parte oficial, daba cuenta de cómo una gran nube negra había descargado toda la cólera divina en aquel pueblo de sediciosos hasta borrarlo del mapa. Ambos se miraron para corroborar que habían oído lo mismo y no tuvieron ni el alivio de que el llanto se les escapara. José, disociada de siempre la palabra con lo que le hervía en el magín, solo alcanzó a comentar:

— Si serán cabrones...

— Compadre, cállese que me pierde —añadió Maribona Vilchez mirando de soslayo a su alrededor.

Fue el inesperado fin de Jarca lo que obligó a José y Consuelo a convivir con su comadre durante más de diez años. Cierto es que la casa era grande y que nunca faltó un plato de comida a la mesa, a pesar de que a José, como jarqueño, se le negaron todas las posibilidades para buscarse la vida. Al parecer la consigna oficial era borrar de la memoria a Jarca y cuanto hubiese tenido relación con su existencia. Pero en esos años a José y Consuelo le nacieron sus cinco hijos que, unidos a los seis de Maribona Vilchez, hicieron insoportable la convivencia. Era difícil ponerse una camisa o unos zapatos sin tener que sacar a un niño de su interior. La grillera en que se convirtió la casa enturbió las relaciones hasta

el punto que un día, en el sopor de su imperdonable siesta, la algarabía de los *monstruos* le espantó el sueño hasta dejarle el corazón en un bolero de taquicardias. Entendió que era hora de buscarse un nuevo hogar y para ello entró por el único resquicio que le dejaron: Aceptar la ignominia de un empleo en la Administración que nadie quería. Éste no era otro que ser el C.I.S. delegado por el gobierno para toda la costa sur. O lo que en cristiano venía a decir y ser, Controlador de Inmigrantes Senegaleses desde el cabo de San Vicente al de Gata.

Al desprestigio social que conllevaba semejante empleo, se le unía un mísero estipendio que sólo servía para legitimar el indigno vasallaje de los sobornos. Por el contrario, el ser un C.I.S. daba derecho, en este caso, a disfrutar de una vivienda amplia y azul que se abría al mar desde sus mismos pies, y a los vientos por un torreón acristalado que hacía las veces de trastero y palomar. José trató de convencer a su mujer y a su comadre de que aquel empleo era tan indeseable como otro cualquiera; sostuvo que si algo llevaba delante la palabra trabajo no era el mejor camino para la felicidad y que al final todos acabarían agradeciendo la separación. Las dos mujeres levantaron un duelo de ventolera sin ahorrar en su protesta los calificativos más hirientes hacia lo que, entendían, era el agravio por desagravamiento más grande desde que a las Indias le escamotearon el nombre de Colón.

Días anduvieron mortificándole con sus protestas, sus lloros y sus acusos de mal nacido. Pero al final, cuando le vieron partir con su poca ropa a cuestras, Consuelo le siguió con toda la prole y unos cuantos cacharros de cocina como único ajuar para la nueva vida que iniciaban. Hay que añadir, antes de continuar este cuento sin esperanzas, que José tenía una mala relación con el mar. Su visión, o sólo pensar en él, le había producido siempre el desasosiego de soñar con inmensos pañuelos

verdes cayendo en el vacío. Decidido a terminar con esta pesadilla, el primer día de trabajo se lo pasó sentado en la punta del morro intentando coser una conversación de súplica con un mar aparentemente cómplice pero sordo. A la anochecida volvió a casa y se acostó sin cenar ni decir palabra. Consuelo, intrigada, se fue tras él aparentando aquellas ganas de amor tan suyas que lo dejaban sin voluntad. Comprobando, verdaderamente contrariada, que no surtían efecto, se puso a trastear por la habitación esperando oírle decir algo. Ya empezaba a temer que la solana lo hubiera trastornado, cuando le oyó preguntar

— ¿Buscas algo?

— Mi reloj. Nunca sé la hora...

— No relíes. El reloj lo tienes parado desde hace tres años.

— ¿Qué ha pasado hoy?

— Estuve hablando con el mar..., por lo de los sueños.

— ¿Y...?

— El mar es un hijo de puta. Yo creo que se ha quedado conmigo.

— Eso te pasa por hablar con quien no oye. ¿Qué te ha dicho?

— Que desde ahora será el vacío el que caiga sobre los pañuelos verdes... En un principio me pareció un buen trato, pero ahora pienso que para el caso es lo mismo. Es ese caer continuo lo que me angustia. No sé que es peor.

— Pues no le mires. No, si ya sabía yo que salir de casa de mi comadre sólo nos acarrearía pejugueras.

— ¡Déjame en paz...!

Desde aquel día no volvieron a tocar el tema. Sólo las noches en las que el desvarío de José llenaba la habitación de agujeros negros, se oía la queja monocorde de Consuelo mientras tapaba con algodones el caos estelar de su marido.

II

José asumió pronto la rutina del funcionario que se había convertido. En los años que estuvo como controlador de inmigrantes senegaleses, jamás dejó un solo día de asistir a su penosa tarea. La larga jornada se iniciaba a las seis de la mañana con un café de fierro y unas tostadas de pan blanco que bañaba en miel; luego pasaba a recoger la lista de los barcos que se esperaban ese día en el puerto y que deberían pasar por su inflexible control. Pero si era una de esas fechas en las que el tráfico de inmigrantes parecía tomar un respiro de domingo y lo liberaba de fiscalizar, José se iba al prostíbulo de los inmigrantes a tomar su segundo café de la mañana con las inefables putas. Allí se dejaba llevar hasta el mediodía jugando interminables partidas de malilla y contando historias de Jarca que nadie creía. Luego pasaba por su casa a comer, le entregaba a Consuelo las ganancias que las putas se dejaban arrebatar en la malilla como pago de radicación y dormía su imperdonable siesta en el palomar, que era el único lugar de la casa a donde el griterío de los *monstruos* no llegaba.

Consuelo renegaba de aquel dinero ganado al pecado, pero la realidad imponía que gracias a él se nivelara el precario presupuesto que disponía para poner algo de sustancia en las ollas. Más de un mediodía en los que José, por olvido o porque no había tenido tiempo que perder en el prostíbulo, no dejaba las cuatro monedas y media en el chinero de la cocina, ella se pasaba el resto del día revolviéndose como una pantera birmana y lamentando el castigo de tener un marido que sólo

pensaba gastarse el poco dinero que ganaba en putas y cerveza. Aquel rosario de improperios era algo a lo que José se había habituado desde el primer día que la conoció; y a pesar de que muchas veces lo sacaban de quicio, se reconocía cachondo e impotente ante una mujer que a la menor de cambio sacaba semejante punto de mala leche.

Al despertar de su siesta José volvía a entonarse con un nuevo café mientras resolvía el cansino crucigrama del periódico, en cuyas palabras cruzadas y del revés leía el boletín clandestino de los desesperados; luego, recomponiéndose la oronda figura con su camisa de luto y sus pantalones de lona blanca, se iba a pasear por el parque de los marineros sin faena, donde desvergonzados poetas envueltos en mantones de Manila acudían con sus redes de versos buscando la presa fascinada por las rimas de amor. Aquel paseo le despejaba, le devolvía la jovialidad y el sentido del humor que había perdido al salir de Jarca y siempre creyó que fue en aquellos paseos donde se olvidó de morir poco a poco, paso a paso, como estaba escrito en su condición. En ese parque se hizo de amigos, aprendió tolerancia asumiendo pautas de la canallería, e incluso desentrañó las matemáticas de los idiomas bárbaros que tanto le sirvió para entender la mirada de los muertos.

Cuando conoció a Miguel, éste llevaba un gran pacífico rojo en la solapa de su tabardo y unos jazmines entre los dedos a modo de anillos. José se cruzó con él y sintió en su nuca la mirada del otro. Una mirada ambigua, de cabra perdida y descarada, de insufrible provocación. Parándose en seco se dio la vuelta dispuesto a contestar la chulería, pero antes que se encontrara con sus ojos Miguel le soltó a bocajarro:

— ¿Tú eres el nuevo chulo de los senegaleses?

José sólo pudo centrar su mirada en la punta de sus pies. El deseo de agarrarse con él a puñetazos le incen-

dió el rostro como a una novicia pillada en soberbia, pero el buen hábito de contar hasta tres que adquirió a base de vivir bajo la prepotencia le hizo contestar:

— No. Yo soy el chulo de tu puta madre.

La carcajada que soltó Miguel llenó de cristales el aire perdido y mudo de las jacarandas y espantó a los pájaros que, en su levantada, sofocaron la tarde hasta llenarla de taquicardias doradas como peces chinos. La relación que a partir de entonces se creó entre ambos fue el refugio de la armonía. Jamás tuvieron que justificarse, ni que atenerse a normas que de alguna manera les hubiesen llevado a ese intimismo donde tarde o temprano se deja parte de la libertad. Tan sólo una vez hubo José de poner comillas en aquel amor carente de toda estructura convencional, pero fue algo tan marginal y tan oportuno a la vez que ni los dañó, ni tuvieron que refrescarlo jamás. Fue la tarde que conoció a Julia la de Minnesota. Venían Miguel y ella parque arriba con un grupo de marines negros embarcados en el Alabama, antiguos clientes de Julia, a los que habían emborrachado y aligerado la paga en un póker de fullería parvularia. Cuando José se les unió, Julia ya estaba en la tarea de llevárselos al portaaviones para que pasaran lista y no los dieran por desertores. En sus labores de puta esa era una gestión rutinaria y necesaria, pues de lo contrario haría tiempo que su negocio se hubiese visto afectado. Tanto era así, que jamás se iba a la cama sin que los barcos tuviesen su tripulación en orden a la hora de retreta. Más de un capitán acudía a ella cuando algún impenitente se dejaba liar por el vino y las faldas y no estaba en su litera a la hora señalada. Invariablemente aquel marino volvía achantado y acorado por una Julia que lo vejaba con improperios de esposa.

Una vez solos, José y Miguel se tumbaron en la yerba. El silencio los puso a mirar estrellas y a fantasear con una nostalgia que les dejó totalmente indefensos

ante la magnitud de la noche. Asustado de su complicidad con aquel silencio, Miguel se puso a tararear un blue de sacarina y cola que evocaba las tardes de invierno en Long Island.

— Cántame en cristiano, coño –murmuró casi, José.

— Está la noche para ser negro y que las polillas te coman el alma –respondió Miguel en el arameo pastoso de su melopea.

Levantándose y enfilando el camino a casa, José le reprochó:

— Estás borracho.

Como pudo, Miguel se puso en pie sin dejar de canturrear y le siguió. Cuando se le acabó el blue la tristeza le puso el corazón boca abajo y con la filosofía críptica del borracho enunció que aquella era la noche más jodida del mundo y que él, como tanto poeta loco, seguía recogiendo tomates de sangre en la huerta de la esperanza. Dando un traspie, cayó de bruces sobre el pavimento desconchándose la cara igual que una porcelana. Haciendo un esfuerzo, José consiguió levantarlo y una vez en pie, abrazados en razón del equilibrio, se puso a limpiarle la sangre mientras le aseveraba como quien regaña a un niño.

— Te voy a tirar al puerto y después que te pesque te haré tragar un café bien cargado. No sé por qué coño bebes si luego no sabes mearlo...

— ¡No entiendes nada, jarqueño de mierda. Lo único que yo necesito ahora mismo es amor!

El único sorprendido por aquel grito desesperado fue el propio Miguel. Con esa lucidez instantánea que tanto desconcierta en los borrachos, clavó su mirada en José intentando arañar los sentimientos que aún podían quedar por descubrir.

— Bien sabes que te quiero –musitó José rápidamente, con cierto aire de vergüenza.

— Pero yo el amor que necesito es este –replicó Miguel cogiéndole el sexo.

La mirada de José se dulcificó en un rechazo que no dio opción alguna a mal interpretar el roce de sus labios con los de Miguel, mientras le reprochaba:

— No me seas mariconazo, Miguel... Y anda, cuéntame eso de ser negro y que te coman el alma las polillas.

Aquello resultó ser lo más claro que Miguel entendería a lo largo de toda su vida. Sonriendo le contestó:

— No. Mejor cuéntame tú historias de Jarca, de esas que no se las creen ni los senegaleses...

No hizo falta jamás que los dos se repitiesen hasta donde eran una misma sombra y que el amor sólo se sostendría mientras ninguno se saltara la aceptación de la diferencia.

